

## América en los libros

**Historia de un desconocido**, Manuel Echeverría, México, Editorial Océano, 1995, 293 págs.

*Historia de un desconocido* es la notable novela de un escritor mexicano casi «desconocido» en España, Manuel Echeverría. No recuerdo haber leído reseñas críticas a sus cinco novelas anteriores, ni entrevistas o comentarios sobre este narrador, citado por Aurora M. Ocampo como perteneciente a la generación surgida después de Sáinz y Agustín, y que ofrece una narrativa de gran diversidad de temas y enfoques.

Es apasionante lanzarse a la aventura de leer la novela de un escritor del que no se tiene referencia alguna, que ha de ganarse línea a línea, página a página, nuestro interés y nuestra apreciación crítica, jugándose en la estrategia textual el éxito o el fracaso de la interpretación lectora, como un novel. Manuel Echeverría no lo es y organiza el campo semántico de la novela con estilo, léxico, atmósfera y personajes que nos captan desde la voz de un narrador, abogado de profesión —como lo es el autor— que conoce el oficio de *decir* y posee la habilidad de prender voluntades para su litigio. Pero este abogado brillante y adinerado, que regenta el bufete más lujoso y de mayor prestigio del Distrito Federal, lo que va a relatarnos es la historia de su propia seducción.

Pausadamente, sin grandes golpes de efecto, con sencillez de modales, pero con elegancia y facilidad expresiva, un cliente desconocido, modestamente trajeado, le encarga un asunto insignificante: evitar un desahucio arbitrario, engatusando la voluntad del leguleyo hasta ganarlo para su verdadera causa: la selva, la aventura, los hallazgos arqueológicos del imperio maya que oculta la voracidad de la manigua mexicana. La llegada de Alejandro Fabiani, el intruso —varios días postergado por secretarías altivas y azacaneadas que prefieren clientes de más fuste—, supondrá un verdadero *encuentro*. Profesor mediocre de arqueología, con escaso *curriculum*, Fabiani llega a la vida del abogado cuando éste ha domesticado la fama profesional y las reyertas de juzgado. En lo privado, el fracaso matrimonial, lo aplacan componendas extraconyugales. Remontada la madurez, asegurado el éxito, sucumbirá a la tentación más fuerte del hombre: *irse*. El abogado acepta, rejuvenecidos los ánimos, la invitación del profesor de pasar unas vacaciones en Lacantún, a orillas del Usumacinta, en el campamento desde donde realiza los trabajos de excavación y desbroce, ayudado por cuatro alumnos que optan a la licenciatura. A partir de la incorporación al grupo, el abogado va a ser testigo, copartícipe y amanuense —en el doble sentido: es la voz que elabora

el relato y a la vez escribe su propio diario selvático— de la búsqueda arqueológica.

El personaje Fabiani y su búsqueda apasionada, recuerda la de otros aventureros paradigmáticos: Marlow, de Conrad, y la búsqueda de Kurtz, remontando el Congo, o Maqroll el Gaviero, de Mutis, navegando por el Xunandó, o incluso la búsqueda azarosa de Arturo Cova, sellada por el mismo fracaso. A Fabiani, como a los aventureros precedentes, más que los hallazgos arqueológicos, le acucia la esperanza de asomarse algún día a «las fronteras de lo maravilloso». No obstante, el hallazgo soñado se produce: el alumno más aventajado del grupo descubre una cripta maya del clásico tardío, con vasijas, máscaras y esqueleto, y el hallazgo va a ser el pretexto argumental que deje al descubierto las reyertas de las relaciones humanas: explotación, rivalidad, ambición, traición... Todos los pleitos del alma se alzan ante el abogado impotente, en medio de la naturaleza virgen y entre personas intelectuales y civilizadas.

La violencia atroz y la muerte sellan el *desencuentro* del grupo y la aventura del narrador. Conceptos contrastantes: urbe-selva, ambición de renombre-ambición de dinero, soberbia intelectual-indisciplina creadora, a modo de imágenes dialécticas, subyacen a la superficie textual de la peripecia reseñadas, y son ellas las que sin moralizar crean la realidad moral de la experiencia imaginaria del

escritor, que se nos comunica con gran brillantez expresiva.

**Marta Portal**

**Vida en amor y poesía (suma poética)**, Carlos Martín, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1995.

En la serie «La granada entreabierta» del instituto editor, destaca la presente obra por el mérito de darnos, antológicamente, una presentación global de este notable poeta bogotano. Nacido en 1914, Martín salió a la palestra poética en 1939 como el miembro más joven del movimiento «Piedra y Cielo» que había de suceder en Colombia a la llamada Generación del Centenario.

Para ese entonces, nuestro poeta acababa de graduarse de abogado, a diferencia de los numerosos literatos hispanoamericanos (como García Márquez y Vargas Llosa) que comenzaron pero no terminaron ese mismo estudio. Pero sus preferencias literarias triunfaron definitivamente cuando en 1961, ya poeta consagrado, ganó por concurso la cátedra de literatura hispanoamericana de la universidad de Utrecht.

Los piedracielistas destacaron, entre otras cosas, por buscar más hondura poética, en oposición a la búsqueda modernista de sonoridad. Martín, por su parte, sobresale por indagar en la melancolía, la sensualidad y el erotismo, además de ostentar una riqueza metafórica que le valió elogios como el de

Neruda. Por ejemplo de lo primero: «Siempre buscar desesperadamente / algo donde apoyar nuestra agonía / algo que se nos va de nuestras manos, / hoy sedientas aún y aún vacías» (del poemario *Es la hora*, 1973).

Pero Martín no ha escrito solamente poesía sino también ensayos; como era de esperar, predominan los de temas literarios; los editores de esta obra han incluido sensatamente dos, el primero de los cuales, de 1993, es un importante testimonio sobre su propia generación: «Así nació Piedra y Cielo»; con él se redondea favorablemente esta antología de versos de un poeta que, en el mejor de los sentidos, ya ha pasado a la historia.

**Aproximación a una bibliografía de don Antonio Nariño y Álvarez,** Eduardo Ruiz Martínez, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995.

Nariño es llamado en Colombia el Precursor de la Independencia. Como en otros casos históricos similares, su actividad política fue acompañada incesantemente por la publicística. Ya en 1953 se había editado una primera recopilación de escritos de y sobre el prócer (14 y 80 títulos respectivamente), y la biografía de Nariño por Miramón (1960) cuenta con una bibliografía no desdeñable. Pero la presente, con sus más de 1.500 entradas, es la primera a la que incluso se le podría suprimir la «aproximación» del título.

El autor, que llegó a revisar la obra antes de fallecer el 9/9/1995, es el fundador de la Sociedad Nariñista de Colombia y se le considera el mayor experto en la vida y obra del prócer.

La bibliografía como tal es un modelo en su género: los datos bibliográficos completos y claros de cada ficha se hallan complementados en muchos casos por indicaciones sobre el contenido de la publicación en cuestión. También la disposición tipográfica, inobjetable, aumenta la claridad de la lectura, y a lo mismo contribuye el minucioso índice alfabético final de títulos y nombres propios.

**Relación de la coca y de su origen y principio y por qué es tan usada y apetecida de los indios naturales deste Reyno del Pirú,** *Introducción y edición por María Brey y Víctor Infantes,* Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1996.

Entre los muchos informes escritos por funcionarios coloniales hispanos en el siglo XVII, este, de 16 folios escasos, inédito hasta esta edición, interesa por el tema: lo botánico y económico es trascendido por lo histórico y etnográfico, y ello con informaciones de primera mano.

La documentada introducción es tan digna de elogio como los criterios de edición (y muy especialmente los de transcripción). Sólo dos detalles convendría corregir en una nueva publicación que se-

guramente tendrá lugar: las erratas y el vocabulario alfabético final. Las erratas son escasas pero evidentes: el *guecho* y el *Mallo Pongo* de p. 61, por ej., figuran como *guacho* y *Mollo Pongo* en p. 40 y 36 respectivamente.

Los problemas del vocabulario alfabético son, por una parte, más claros, pero por otra menos relevantes, porque no dificultan seriamente la comprensión del texto. Me limito a indicar los casos más molestos: a) los *barretazos* (p. 37) no son «barras de hierro para asegurar una cosa» (p. 59) sino los golpes dados con esas barras para extraer el mineral en las minas; b) *cayna* (p. 44) no es simplemente «cierta clase de coca» (p. 59) sino la coca mal secada; c) *defrutar* (p. 40), curiosamente, no es «recoger [solamente] la fruta» (p. 60) sino también la hoja. Nada de ello, sin embargo, resta mérito a esta publicación pionera.

**Meses y cielos. Reflexiones sobre el origen del calendario de los nahuas,** Salvador Díaz Cíntora, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, 101 págs.

Este librito es una joya de la investigación mexicanista. El autor interpreta que la duración del calendario mágico de los nahuas (260 días) está inspirada en la duración del embarazo: 9 meses lunares de 29,5 días cada uno = 265,5 en total. El 9 como unidad fundamental aparece documentado en muchas

partes; la tradición tolteca lo habría sustituido por el 13. Como la unidad básica del sistema numeral mesoamericano es el 20, se dio al calendario mágico la duración redonda de 260 días, número divisible por 13 y 20 (pero ya no por 9): los 9 cielos pasaron a ser 13 (se dejó el 9 para las regiones del inframundo), los meses dejaron de serlo (español *mes* < latín *mensis*, originariamente 'ciclo lunar') para convertirse en veintenas, etc.

Necesidades pragmáticas llevaron luego a establecer un año solar de 360 días, cantidad divisible en 18 veintenas pero también por 9; el hecho de que el tiempo dedicado al culto de Xipe Tótec no abarque una veintena sino dos, permite suponer que, originariamente, el año solar se dividía en 9 cuarentenas.

El carácter advenedizo de la teoría de los 13 cielos se evidencia en el hecho de que, estudiando las listas de nombres de los días de las 13 veintenas antedichas (y de los pájaros que se les adjudican) aparecen repeticiones que, una vez eliminadas, reducen la lista a 9 unidades. Por otra parte, el suponer un año solar sin bisiestos, con el consiguiente desplazamiento paulatino del comienzo del año, permite explicar por qué los nombres que las veintenas llevan en náhuatl no corresponden a los fenómenos naturales (sobre todo las lluvias) que se producen en cada fecha.

Los cálculos llevan al autor a toda una serie de otras consideraciones de pareja importancia: a) La